

Presentación

Álvaro García Linera *

Soñar es necesario, pero con la condición de creer seriamente en nuestro sueño, de examinar con atención la vida real, de confrontar nuestras observaciones con nuestro sueño, de realizar escrupulosamente nuestra fantasía.

VLADIMIR LENIN

Luchas, poder, victorias democráticas, hegemónicas plebeyas, son conceptos que resumen las tendencias de la vida política del continente latinoamericano durante la última década. Pese a las marchas y contramarchas, no habíamos vivido una experiencia política con esas características, y con una extensión territorial como la de este período.

Hace años, la izquierda esperaba grandes insurrecciones armadas que llevaran al pueblo al socialismo, pero lo que tenemos ahora son grandes sublevaciones que reconquistan la democracia, el voto y el Estado para consagrar derechos populares, desmontar la composición oligárquica de los Estados latinoamericanos y frenar los proyectos conservadores neoliberales.

Venezuela, Bolivia, Brasil, Ecuador, Nicaragua, Paraguay y Argentina dieron lugar a gobiernos progresistas y, en algunos casos, revolucionarios. En función de la presencia movilizadora del sujeto popular antineoliberal, cada país avanzó con mayor o menor profundidad en el desmantelamiento de los monopolios privados de la economía y la política neoliberales, aunque aún es incierta la consolidación de este avance popular y no se vislumbra todavía el horizonte comparado anticapitalista.

Emir Sader, amigo y profesor nuestro, académico y militante, nos convoca a vivir este particular momento político continental, esto es: a conocerlo y transformarlo, a partir de sus antecedentes históricos, de las conquistas populares alcanzadas, de los grandes fracasos soportados, de las antiguas estrategias de poder fallidas y de las potencias y límites contenidos en las actuales fuerzas sociales en movimiento de emancipación.

* Sociólogo boliviano.

zuela, Bolivia y Ecuador: No caracteriza una etapa histórica específica, diferente del capitalismo y del socialismo, sino una nueva configuración de las relaciones de poder entre las clases sociales, que promueve la formación de un nuevo bloque social dirigente de procesos históricos *suí generis*, en condiciones mucho más favorables a las fuerzas populares, cuyo destino será decidido por una dinámica concreta de construcción de Estados posneoliberales.

5. El futuro de América Latina

ETAPAS DE LA LUCHA ANTINEOLIBERAL

La lucha contra el neoliberalismo ya tiene historia, ha pasado por varias etapas—de la resistencia al inicio de la construcción de alternativas—y ahora enfrenta un nuevo momento, el de la contraofensiva de la derecha, con las respuestas correspondientes de la izquierda.

En 1994, en el mismo año del lanzamiento del NAFTA, los zapatistas declaraban la resistencia a la nueva ola hegemónica. En 1997, Ignacio Ramonet, en un editorial de *Le Monde Diplomatique*, llamaba a la lucha contra el pensamiento único y el Consenso de Washington. El FSM de 2001 convocaba a la construcción de “otro mundo posible”. Las manifestaciones contra la OMC, iniciadas en Seattle en 2001, revelaban la extensión del malestar ante el nuevo modelo hegemónico y el potencial popular de la lucha de resistencia. Era una fase de resistencia, de defensa contra el cambio regresivo de gigantescas proporciones históricas operado por el pasaje de un mundo bipolar a un mundo unipolar, bajo la hegemonía imperial estadounidense, y del modelo regulador al modelo neoliberal.

En el plano gubernamental, la consolidación de la hegemonía neoliberal se produjo por el pasaje de la generación derechista inicial (Pinochet, Reagan y Thatcher) a la segunda, que algunos de sus protagonistas reivindicaron como la “tercera vía” (Clinton, Blair y Fernando Henrique Cardoso) y que así ocupó casi todo el espectro político. Esa fuerza compacta comenzó a conocer sus límites con la elección de Hugo Chávez para la presidencia de Venezuela en 1998, y a partir de entonces se concentró en Amé-

rica Latina. Puso en evidencia su fracaso con la derrota electoral de los principales promotores del nuevo modelo (Fernando Henrique Cardoso, Fujimori, Carlos Andrés Pérez y el PRI).

Sin embargo, la reacción popular reflejada en los triunfos electorales que sucedieron al de Chávez -Lula (2002), Kirchner (2003) y Tabaré Vázquez (2004), a los cuales se puede sumar Daniel Ortega (2006)- ocurrió en un escenario diferente del que se había previsto. Aunque habían triunfado contra gobiernos ortodoxamente neoliberales, los nuevos gobernantes no se pusieron romper con el modelo neoliberal; al contrario, lo mantuvieron con diferentes grados de flexibilización, sobre todo en razón del peso que pasaron a tener las políticas sociales.

Reunidos en torno a la opción de los procesos de integración regional -en primer lugar el Mercosur- y de la derrota del ALCA -para la cual colaboraron activamente-, esos nuevos gobiernos revelaron diferencias significativas en relación con los anteriores, y así contribuyeron al surgimiento de un marco político inédito en el continente por la existencia simultánea de una cantidad de variadas formas de gobiernos que se oponían a los tratados y a las políticas de libre comercio propuestos por los Estados Unidos, así como a su política de "guerra infinita" -que únicamente en Colombia logró una adhesión explícita-.

Las victorias de Evo Morales (2005) y de Rafael Correa (2006), junto al lanzamiento del ALBA, del Banco del Sur, del gasoducto continental y de la incorporación de Venezuela y de Bolivia al Mercosur, dieron contornos más amplios y fortalecieron un eje de gobiernos que, además de privilegiar los procesos de integración regional, comenzaban a construir modelos de ruptura con el neoliberalismo (modelos posneoliberales). El triunfo electoral de Fernando Lugo (2008) amplió el campo de los gobiernos progresistas en el continente, al cual podría llegar a sumarse próximamente Mauricio Funes en El Salvador.

Sin embargo, a partir de 2007, después de haber sido asaltada relativamente por sorpresa por la proliferación de gobiernos progresistas en la región, la derecha recuperó su capacidad de iniciativa. Esos gobiernos habían capitalizado en el plano electoral el descontento social generado por las políticas neoliberales, y

avanzaban en ese plano -el eslabón más débil de la cadena neoliberal-.

Para recomponerse, la derecha -que cuenta en su campo con la vieja derecha oligárquica y con las corrientes socialdemócratas que adhirieron al neoliberalismo- se valió de las esferas donde su hegemonía no había sido afectada, o conservaba, en lo esencial, su fuerza: el poder económico y el mediático. La contraofensiva asumió aspectos distintos en cada país, aunque con elementos comunes: crítica de la presencia del Estado y de sus procesos de regulación, de las políticas tributarias, de los procesos de integración regional y con el sur. Se avivaron temas como la "corrupción" -siempre centrada en los gobiernos y en el Estado-, el desbastecimiento, la autonomía de los gobiernos regionales contra la centralización estatal, las supuestas "amenazas" a la "libertad de prensa" -identificada para ellos con la prensa privada-, etc.

En Brasil hubo campañas de denuncias contra el gobierno de Lula; en Venezuela, después del intento de golpe en 2002, se emprendió la defensa de los monopolios privados en los medios, y hubo denuncias de corrupción y desbastecimiento; en Bolivia se criticó la reforma agraria, la nueva Constitución y el uso de los nuevos impuestos sobre la exportación de gas en políticas sociales implementadas por el gobierno central; en la Argentina se habló en contra de las formas de regulación de precios y el desbastecimiento, y en Ecuador, contra la nueva Constitución y las nuevas formas de regulación estatal. Además de esos soportes, la derecha cuenta también con los dos principales gobiernos de derecha en la región: México y Colombia.

Después de haber quedado a la defensiva durante los años de expansión de la economía internacional -que favoreció la obtención de recursos del comercio exterior para las políticas sociales-, la derecha retomó la ofensiva también en ese plano haciendo denuncias sobre el riesgo de que regrese la inflación y la necesidad de nuevos ajustes y de aumentar las tasas de interés, en el intento de dar prioridad a la estabilidad monetaria en detrimento de la expansión económica. *The Economist* reveló la esperanza de que, con el cambio de la situación internacional, la derecha pudiera

volver a la carga, apoyada, según la revista, en dos temas propicios al pensamiento conservador: la inflación y la violencia. Los casos latinoamericanos son significativos en ese sentido.

La fase actual está marcada por el recrudescimiento de los enfrentamientos entre los gobiernos progresistas y la oposición de derecha, en el plano político e ideológico. Los intentos de descalificación del papel del Estado cobran relieve como tema central en el conjunto de debates y polémicas entre derecha e izquierda. Hoy se perfilan en el continente algunos países que siguen el esquema del Estado mínimo: México intenta iniciar un proceso de privatización de la empresa petrolífera Pemex, y con esta medida se convierte en un ejemplo del nuevo ímpetu privatizador del neoliberalismo; Perú, adherido recientemente, así como Costa Rica y Chile, aunque hayan solucionado algunas de las graves falencias de sus antiguos modelos de jubilación privada, se mantienen como "casos" de éxito de esa vertiente.

Por otro lado, hay países que buscan la refundación de sus Estados siguiendo esquemas posneoliberales y posliberales, en el sentido de que apuntan a construir nuevas formas de representación política, además del formalismo liberal, como es el caso de Venezuela, Bolivia y Ecuador—estos últimos buscan fundar Estados plurinacionales, pluriétnicos y pluriculturales—. Entre ellos, están los países—como Brasil, la Argentina, Uruguay y Paraguay—que pusieron en práctica niveles de regulación del Estado sin recomponer los Estados previos al neoliberalismo, evitando el desmantelamiento de los aparatos estatales, fortaleciendo las capacidades sectoriales de regulación estatal, frenando los procesos de privatización anteriores, fomentando el nuevo crecimiento del empleo formal y reequipando el funcionalismo y los servicios públicos.

La victoria de Evo Morales⁵⁶ en el referendo de agosto de 2008, por un amplio margen,⁵⁶ revela que las reservas de apoyo de masas se mantienen, lo que también se advierte en el apoyo popular a Rafael Correa y a Lula. El triunfo electoral de Fernando

Lugo y la perspectiva de victoria de Mauricio Funes en El Salvador demuestran que el espacio de consolidación y expansión de los gobiernos progresistas en América Latina no está agotado, a pesar de las ofensivas de la derecha.

El destino del neoliberalismo en el continente no está definido. El modelo sigue siendo hegemónico, sea porque en algunos países se lo mantiene ortodoxamente, sea porque continúa de una u otra forma en varios de los principales países del continente, como Brasil, México, Argentina, Colombia, Chile, Perú, Uruguay y Costa Rica, en un mundo dominado por él. Su destino se decidirá sobre todo en los tres países de economía neoliberal: la Argentina y Brasil preservan el modelo, aunque hayan operado flexibilizaciones, pero están amenazados por las fuerzas opositoras de derecha. Brasil, por la fuerza de su economía, el prestigio de Lula y la posibilidad de elección de un presidente que continúe y profundice el actual gobierno, puede llegar a tener un papel más importante en el balance regional de fuerzas entre la hegemonía neoliberal y los proyectos de superarla.

La consolidación y la expansión del ALBA es otro elemento estratégico para definir el futuro del continente e incluso de las luchas por la construcción de un mundo posneoliberal a escala mundial. Desde un comienzo, esa iniciativa avanzó en los espacios de menor resistencia, donde el neoliberalismo nunca existió—como Cuba—y donde fracasó antes de poder consolidarse—como Venezuela, Bolivia y Ecuador—, ya que los gobiernos locales fueron derrocados por movimientos populares. Al ALBA se han sumado Honduras, por el tipo ventajoso de intercambio, y Nicaragua, que comienza a demostrar la superioridad de los principios de solidaridad y complementariedad sobre los principios del libre comercio. Petrocaribe refuerza igualmente ese argumento y nos permite imaginar un futuro favorable a la expansión del ALBA.

El grado de internacionalización de las economías del continente, en especial las de mayor desarrollo relativo, como México, Brasil y Argentina, pone un límite a ese camino, y en el caso de estos dos últimos podría ser incluso un límite para la profundización del Mercosur. Los proyectos de integración regional coinciden en parte con los intereses de las grandes empresas internacionales

56 Evo Morales obtuvo el 67% de los votos en el referendo ratificatorio, realizado en agosto de 2008, un porcentaje bastante más alto que el 53% con el que fue elegido presidente de Bolivia en 2005.

y de las empresas nacionales internacionalizadas, aun cuando éstas prefieran los tratados de libre comercio, que les permiten ampliar su integración con el mercado internacional y las potencias centrales del capitalismo. Sin embargo, la pérdida de dinamismo de éstas, en comparación con el comercio interregional y con las grandes economías del sur del mundo, en especial China e India, favorece el interés de esas grandes empresas en ciertos aspectos de los procesos de integración, sobre todo aquellos que les abren mercados mayores y perspectivas de nuevas inversiones.

Algunos proyectos, como el Banco del Sur, el gasoducto continental, la UNASUL, el Consejo Sudamericano de Defensa e incluso el Mercosur, son campos de próxima disputa sobre el carácter de la integración sudamericana, que todavía no dispone de proyectos de formulación sobre su futuro que puedan alumbrar sus caminos, sus dilemas y sus perspectivas.

Se puede prever que los próximos grandes enfrentamientos en la región se darán en los procesos de elección o reelección de los actuales gobernantes de los países que participan de los proyectos de integración regional, objetivo que persiguen tanto las fuerzas actualmente gobernantes como las ofensivas de las derechas locales. Sucesiones como las de Uruguay (2009), Bolivia (2009, según la nueva Constitución), Brasil (2010), Argentina (2011) y Venezuela (2012) definirán si el espectro actual de los gobiernos progresistas tendrá continuidad—condición necesaria, aunque no suficiente, para que la fisonomía de la región en la primera mitad del siglo XXI sea definida a partir de ese campo de enfrentamientos—o si la derecha volverá a la escena.

¿HACIA UNA AMÉRICA LATINA POSNEOLIBERAL?

Hasta qué punto ese nuevo impulso transformador en América Latina puede profundizar sus modelos antineoliberales en un mundo que continúa dominado por las políticas de libre comercio, por la OMC, por el Banco Mundial, por potencias predominantemente conservadoras? Europa es un ejemplo de estas potencias y los Estados Unidos, incluso con Barack Obama, son otro.

El socialismo soviético representó el primer gran impulso transformador en el siglo pasado, pero fracasó porque no consiguió superar su aislamiento inicial, y cuando lo hizo, no fue en la dirección de la Europa desarrollada, del centro del capitalismo, de los países de mayor desarrollo de las fuerzas productivas, sino en la dirección opuesta, en la del Asia más atrasada y América Latina y en la de un país con menor desarrollo dentro de ese continente, Cuba. ¿Qué potencialidades tiene el proceso de lucha antineoliberal en América Latina? Las reacciones antineoliberales, ¿se circunscriben al marco de los regímenes capitalistas o tienen un potencial transformador mucho mayor? ¿Los gobiernos de países como Brasil, Argentina y Uruguay serán sucedidos por gobiernos de derecha y habrán representado sólo un momento de recomposición de los procesos de acumulación y de reconquista de legitimidad de los Estados Unidos, puestos en crisis por las políticas neoliberales?

La lucha antineoliberal, aunque reciente, ya tiene historia, ha recorrido varias etapas. Comenzó con el Caracazo, movimiento popular de resistencia al paquete neoliberal del gobierno de Carlos Andrés Pérez en Venezuela, en 1989; continuó con la rebelión zapatista en 1994 y se prolongó con las movilizaciones populares de los campesinos sin tierra en Brasil, con las luchas de los movimientos indígenas en Ecuador, Bolivia y Perú, con las demandas de los piqueteros y por la recuperación de las fábricas en la Argentina. En su fase de lucha defensiva hubo resistencia al neoliberalismo.

El triunfo electoral de Hugo Chávez en 1998, combinado con las crisis en Brasil (1999) y en la Argentina (2001-2002), funcionó como un momento de transición hacia una segunda fase, la de la crisis hegemónica y la disputa política por el gobierno y por la puesta en práctica de políticas alternativas. Si en la primera etapa los movimientos sociales tuvieron un papel protagónico, el pasaje a la segunda significó, para las fuerzas antineoliberales, el desafío de recuperar el espacio político mediante formas tradicionales o innovadoras de articulación entre las esferas social y política.

Inmediatamente después se inició la etapa marcada por la impresionante serie de victorias electorales en el momento más álgido del rechazo al neoliberalismo, de elecciones y de reelecciones de gobier-

nos que, de una u otra forma, fueron constituyendo el nuevo bloque de fuerzas progresistas en América Latina y configurando un espacio alternativo a los gobiernos que habían ocupado prácticamente todo el espectro político del continente en la década anterior.

Esas fuerzas avanzaron en las líneas de menor resistencia del neoliberalismo—en especial las políticas sociales, por las devastaciones que el neoliberalismo produjo en ese plano— y en los proyectos de integración regional—por el fracaso de las políticas de libre comercio en el continente—, como asimismo en los grados de recomposición de la capacidad de los Estados—convertidos en Estados mínimos por el neoliberalismo— de promover regulaciones y retomar su función de garantizar y extender los derechos sociales.

Fue el período histórico que, siguiendo una orientación progresista y de forma concentrada, más alteró el campo político e ideológico latinoamericano; sólo puede comparárselo con el ciclo de guerras de independencia, dos siglos antes. Como el neoliberalismo estaba desprevenido para enfrentar reacciones en el plano político, y los Estados Unidos estaban inmersos en su política de “guerra infinita” y en políticas para la región, en pocos años—de 1998 a 2008— asumieron gobiernos de esa tendencia en ocho países de la región, con derrotas importantes en sólo cuatro (México, Perú, Colombia y Costa Rica).

Luego de ese período de extensión de los nuevos tipos de gobierno, algunas señales comenzaron a indicar una reacción contraofensiva de la derecha. Las dos fases se entrelazaron en el tiempo: mientras Fernando Lugo triunfa y pone fin a más de seis décadas de régimen colorado en Paraguay, y Mauricio Funes (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, FMLN) despunta como favorito para las elecciones de abril de 2009 en El Salvador, las ofensivas derechistas, valiéndose de las dificultades y las contradicciones vividas por esos gobiernos, continúan.

Esa reacción comenzó con el ataque de la derecha venezolana—y el intento de golpe en abril de 2002—y, acto seguido, las denuncias de corrupción contra Lula (2005). Ambos casos preannunciaron la nueva configuración del bloque de la derecha: una dirección ideológica y política de los grandes medios de comuni-

cación privados que tenía como agentes a los partidos de la derecha. La derecha boliviana, concentrada en las áreas económicamente dinámicas de la región oriental del país, se valió de la Asamblea Constituyente para reagruparse.

La derecha retomó la iniciativa contra Lula con denuncias de corrupción—apoyadas en el férreo monopolio de los medios privados y en el bloque de partidos de derecha— que tenían por objetivo llegar a su *impeachment*. El apoyo obtenido por las políticas sociales permitió al presidente consolidarse mediante esa misma vía; fue reelecto y consiguió el apoyo de casi dos tercios de la población y un índice de rechazo de sólo el 8%.

Hugo Chávez tuvo que enfrentar una oposición derechista que alternó boicots con participación electoral. Confiada en la posibilidad que le abría la vía institucional, la derecha se reunió y fortaleció hasta derrotar al gobierno en el referendo de noviembre de 2007. En cuanto asumió la presidencia, Cristina Kirchner, sufrió fuertes ataques a raíz de su propuesta de elevar los impuestos sobre las exportaciones agrícolas. Después de haber conseguido aprobar su proyecto de una nueva Constitución, Evo Morales padeció violentas embesudas de la oposición, que afectaron el apoyo a su gobierno.

Hasta aquí, los bloques opositores tuvieron, en mayor o menor medida, un carácter claramente restaurador ante los avances conseguidos por los gobiernos progresistas. Sus plataformas apuntan a una recuperación de los Estados mínimos, con menos impuestos, reanudación de los procesos de privatización, disminución de los gastos estatales, sumados a la apertura de las economías y la accentuación de los procesos de precarización de las relaciones laborales. En definitiva, un conjunto de medidas que no conforman un programa y apenas sirven para aglutinar a los sectores descontentos y desplazados del poder.

¿Qué será de América Latina después de esos gobiernos progresistas? ¿Qué grado de irreversibilidad tienen las transformaciones? ¿Qué tipo de regresión puede sufrir el continente si no consigue consolidar los procesos políticos actuales?

Una primera posibilidad sería la prolongación de los gobiernos actuales y, como consecuencia, la consolidación de los procesos

de integración, que se proyectaría en las monedas únicas regionales, eventualmente en bancos centrales coordinados y en la concreción del Parlamento Latinoamericano, con avance en los modelos alternativos. En el plano internacional, fortaleciendo la integración regional América Latina contribuiría notablemente a la construcción de un mundo multipolar.

Es necesario recordar que las estrategias antineoliberales, las únicas posibles en el contexto de correlaciones de fuerza nacionales e internacionales, suponen una disputa hegemónica prolongada, aunque no significan ni la alianza subordinada a fracciones burguesas dominantes —como en la estrategia reformista tradicional—, ni el aniquilamiento del adversario —como en la estrategia de la lucha armada—. Implican más bien el reposicionamiento de la disputa hegemónica como guerra de posiciones —en el sentido gramsciano—, pasando por la conquista de gobiernos, por programas que reviertan los procesos mercantilizadores y retomen la capacidad reguladora y de implementación de medidas sociales por parte del Estado, que impulsen la recomposición de sujetos sociales antineoliberales y anticapitalistas y, en una etapa posterior, a partir de un Estado refundado, cristalicen la nueva relación de fuerzas y de poder entre los grandes bloques sociales.

Algunos proyectos de integración regional presentan grandes dificultades y pueden ser desarticulados en función del grado de avance que alcancen los gobiernos actuales; es el caso del gasoducto continental, el Banco del Sur y el Consejo de Seguridad de América del Sur, entre otros. La izquierda cuenta con un apoyo popular como nunca antes tuvo en el continente, sobre todo gracias a las políticas sociales, un elemento diferenciador en relación con los gobiernos neoliberales.

Es ese apoyo el que se contrapone al poder económico y mediático de la derecha, y hace que las elecciones en la región se desarrollen en contextos muy similares. Los candidatos pueden ser más radicales o más moderados, pero el escenario siempre se repite: por un lado, el bloque neoliberal apoyado por el poderoso monopolio privado de los medios y, por el otro, las políticas sociales de los gobiernos. Ese monopolio fabrica —en el sentido de “fabricación del consenso”, término empleado por

Chomsky⁵⁷ la opinión pública, define cotidianamente los temas supuestamente más importantes para el país, hace pasar su interpretación como si fuera de interés general, pero termina fracasando cuando intervienen los electores. Un periodista brasileño, cuando fueron derrotados él y el periódico para el que trabajaba en las elecciones presidenciales de 2006, afirmó: “El pueblo derrotó a la opinión pública”.

Por su significado, el destino de procesos como el de Venezuela, Bolivia y Ecuador es esencial para el futuro político e ideológico de la región, aunque éste dependa, por el peso que tienen los países, de lo que ocurrirá con los gobiernos actuales de Brasil y Argentina y del futuro que le espere a México. Lo que sí es cierto es que la fisonomía de América Latina en la primera mitad del siglo XXI está sujeta al destino de los gobiernos progresistas actuales en el continente.

Pero ¿qué influencia puede tener América Latina en la situación del neoliberalismo y del capitalismo en el mundo? ¿En qué medida la disminución del peso económico del continente, bajo el impacto negativo de las políticas neoliberales, resta importancia a todo lo que la región vive en la actualidad, y promete continuar viviendo en el futuro próximo, en el destino general del mundo en las próximas décadas?

Podemos decir, en pocas palabras, pero sin perder de vista lo esencial, que el mundo contemporáneo está dominado por tres grandes ejes, tres grandes monopolios de poder: el poder de las armas, el poder del dinero y el poder de la palabra. América Latina puede contribuir, en algunos aspectos, para que se avance en la superación de esas estructuras de poder, aun cuando no pueda alterarlas sustancialmente por sí sola. Sin embargo, mediante alianzas con la India, China, África del Sur, Rusia o Irán, y con la intensificación de los intercambios sur-sur, el continente puede adquirir una fuerza considerable en una inserción distinta en el escenario mundial y en un mundo igualmente distinto. De cierta forma, eso ya es verdad y se comprueba en la

57 Noam Chomsky y Edward S. Herman, *Manufacturing Consent: The Political Economy of the Mass Media*, Nueva York, Pantheon, 2002.

relativa capacidad de resistencia ante la crisis económica actual, que no deja de atectar al continente, aunque de una forma mucho más atenuada si la comparamos con las crisis anteriores.

La lucha contra el poder de las armas significa romper el mundo bajo la hegemonía imperial estadounidense. La contribución de América Latina ha sido negarse a apoyar las políticas de guerra infinita del imperio, lo que se puso de manifiesto cuando los Estados Unidos no consiguieron ningún voto en el Consejo de Seguridad de la ONU para invadir Iraq, ni siquiera de algunos de sus aliados más próximos, como Chile o México. Colombia, epicentro de las guerras infinitas en la región, se encuentra aislada, como pudo verse en el episodio de la agresión a Ecuador, cuando recibió únicamente el apoyo de Washington y la condena de otros países y de la OEA. América Latina es la única región del mundo que realiza procesos de integración relativamente autónomos en relación con los Estados Unidos, que tiene alternativas para los tratados de libre comercio propuestos por Washington y por la OMC. Posee, además, algunos de los pocos gobiernos del mundo que se oponen frontalmente y desafían la hegemonía imperial estadounidense: Cuba, Venezuela, Bolivia y Ecuador.

Sin embargo, esto no basta para construir un contrapeso político y militar a los Estados Unidos; a lo sumo, resiste y construye un área de integración en una región con poco peso en el nuevo orden económico mundial. La fundación de la UNASUL, un proyecto de integración de toda América del Sur, y la propuesta de un Consejo Sudamericano de Defensa, ambos sin la participación de los Estados Unidos, así como el Parlamento del Mercosur, ya en funcionamiento, aspiran a un espacio más amplio y con nuevos potenciales de integración.

La importancia del conjunto de la región proviene de sus recursos energéticos (en particular el petróleo, pero también el gas), de su agronegocio (especialmente la exportación de soja y el mercado de consumo interno, en proceso de constante ampliación) y también de su creciente integración, que multiplica la fuerza política en negociaciones de su interés. Pero son los elementos de ruptura con el modelo neoliberal y los espacios de comercio alternativo, como el ALBA, los que hacen del conti-

nente una referencia en los debates sobre alternativas al neoliberalismo, como ocurre cada vez más en el FSM y en los foros regionales y temáticos. Liderazgos en niveles y espacios distintos, como el de Hugo Chávez y el de Lula, y la proyección de procesos como el boliviano y el ecuatoriano, revelan la dimensión política de la creciente relevancia de América Latina en el mundo.

Con todo, existe cierta debilidad en los procesos posneoliberales latinoamericanos, y uno de los factores de esa debilidad es su relativo aislamiento mundial. Al no encontrar aliados estratégicos, el continente se ve obligado a aproximarse a países que sostienen alguna forma de conflicto con los Estados Unidos, como Rusia, Irán, China y Bielorrusia. Además, los países que dieron pasos concretos en el sentido de romper con el modelo neoliberal no son los de mayor desarrollo relativo en América Latina, aunque puedan contar con el peso del petróleo venezolano como triunfo importante desde el punto de vista económico.

En el plano ideológico, América Latina puede proponer tesis para debatir, como las del Estado plurinacional y plurinómico, el socialismo del siglo XXI y la integración solidaria, ejemplificada por el ALBA. Sin embargo, ni siquiera dentro de cada país existen medios que difundan nuevas ideas que estén a la altura de las circunstancias políticas contemporáneas y de sus desafíos, y se contrapongan al pensamiento único y sus teorías, reproducidas constantemente por los medios monopolistas.

El pensamiento crítico latinoamericano, que tiene una larga tradición de grandes interpretaciones y propuestas teóricas y políticas, afronta nuevos desafíos, temas del momento como el nuevo nacionalismo y los procesos de integración regional, los pueblos originarios y el nuevo modelo de acumulación, los procesos de socialización y desmercantilización, las nuevas formas que adoptará el Estado, las funciones y la naturaleza de la esfera pública, el futuro político e histórico del continente.

En algunos países, sobre todo en Bolivia, se está dando un rico y renovado espacio de reflexión y elaboración teórica sobre los procesos en curso. En otros, y el caso más radical es el de Venezuela, se ve una enorme disociación entre la intelectualidad académica y lo ocurrido en el país. En otros también, como Brasil,

Argentina y México, a pesar de su fuerte sistema académico y del alto nivel de su desarrollo intelectual, una parte importante de la actividad teórica no se articula con los principales fenómenos de lucha social y política experimentados en el país. El potencial teórico existente en la región puede tener un espacio importante en la construcción de alternativas posneoliberales si encuentra nuevas formas de articulación con los procesos históricos contemporáneos.

En este comienzo del nuevo siglo, América Latina vive una crisis hegemónica de enormes dimensiones, en la que lo viejo intenta sobrevivir mientras lo nuevo encuentra dificultades para nacer. Las condiciones objetivas de agotamiento del modelo neoliberal están dadas, pero países como Brasil, Argentina y Uruguay, que, aunque flexibilizando el modelo, lo mantuvieron —continuando con la política financiera, pero no con la política económica— consiguieron, cada uno a su manera, retomar los ciclos expansivos de sus economías, algo que los gobiernos anteriores no habían logrado con su aplicación ortodoxa. México, que todavía lo sigue haciendo, no consigue avanzar económicamente, y el propio Chile, que fue ejemplo de aplicación del modelo neoliberal, está viendo cómo el ciclo de gobiernos de la Concertación se agota.

Las dificultades para la construcción de sujetos sociales y políticos que superen el neoliberalismo responden, en gran medida, a los obstáculos que impiden dejar atrás el esquema neoliberal. Cuando se avanzó en la conformación de nuevas formas de dirección política e ideológica en la lucha antineoliberal, hubo progresos significativos en la construcción de dichos sujetos. La resolución de la crisis hegemónica proyectará el futuro del continente en la dirección que las luchas sociales, políticas e ideológicas definan.

Glosario de los principales nombres y siglas citados

Aguirre Cerda, Pedro (1879-1941). Gobernó Chile entre 1938 y 1941 a partir de una alianza de centro-izquierda del Partido Radical con el Frente Popular (comunistas y socialistas).

Allende, Salvador (1908-1973). Principal dirigente de la izquierda chilena, uno de los fundadores del Partido Socialista local. Médico de formación, ocupó el cargo de ministro de Salud en el gobierno de Aguirre Cerda. Después de ser derrotado tres veces, fue elegido presidente en 1970 por la Unidad Popular, con una plataforma socialista.

Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA). Bloque de integración regional creado en 2004 por los gobiernos de Cuba y Venezuela, al cual se incorporaron Bolivia (2006), Nicaragua (2007), Dominica y Honduras (ambas en 2008). En contraposición a los tratados de libre comercio, busca promover la solidaridad y el comercio justo.

Amaru, Túpac (1742-1781). Lideró una rebelión contra el dominio español. Es considerado precursor de la independencia peruana. Tras su captura, la batalla siguió con Túpac Catari (1750-1781), en la región del Altiplano andino, quien comandó un ejército de casi cuarenta mil hombres y llegó a sitiar la ciudad de La Paz. Ambos fueron asesinados por los españoles.

Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Propuesta lanzada a comienzos de los años noventa por el presidente de los Estados Unidos, George Bush, con el objetivo de establecer una legislación supranacional que, entre otros aspectos, eliminaría las restricciones a la circulación de capital y mercaderías en el continente. Fue derrotada por el surgimiento de nuevos gobiernos y movimientos sociales en 2005.